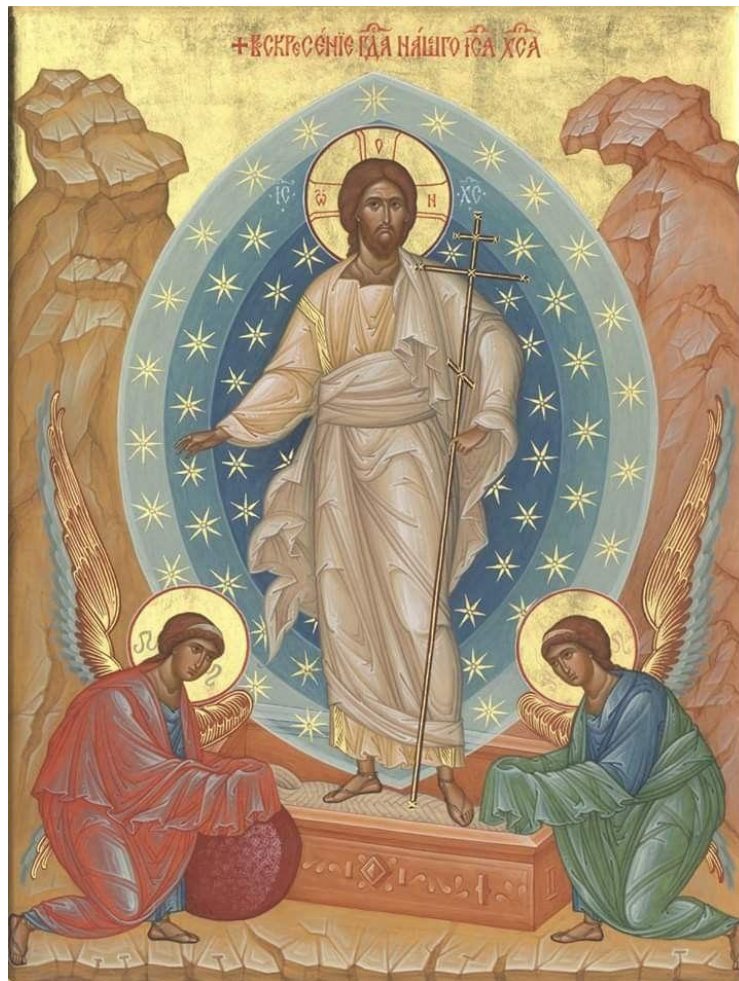




Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe
Coordinación General de la Pastoral del Santuario

MANUAL PARA CELEBRAR EN CASA Y EN FAMILIA EL DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCION



Recopiló: M. I. Sr. Cango Jorge Antonio Palencia Ramírez de Arellano
Teólogo Lectoral del Venerable Cabildo Colegial de Guadalupe
y Coordinador General de la Pastoral del Santuario

ALELUYA, HE RESUCITADO Y AHORA ESTA SIEMPRE CONTIGO

“Este es el día en que actuó el Señor: alegrémonos y demos gracias por ello” (Sal 118, 24). Estas luminosas palabras pascuales, con las que la Iglesia responde al feliz anuncio de la Resurrección, están extraídas de una liturgia de agradecimiento del Antiguo Testamento celebrada a las puertas del Templo y dictadas en un Salmo totalmente iluminado por el misterio de Cristo.

Es el Salmo del que está extraído también el “Benedictus” y el “Hosanna”; es también el Salmo de la *“piedra desechada por los constructores”*, que se *“ha convertido en piedra angular”* (Sal 118, 22).

Pero la peculiaridad de este Salmo está en el hecho que la salvación de un personaje desconocido, que de la muerte ha salido de nuevo a la vida, abre de nuevo las puertas de la salvación para el pueblo. De este modo, la salvación de un individuo se convierte en liturgia de agradecimiento de un nuevo comienzo, una nueva manifestación del pueblo de Dios a favor de todos.

En el interior del Antiguo Testamento no se encuentra respuesta a la pregunta sobre quién es este personaje. Solamente a partir del Señor, a partir de Jesucristo, todo el Salmo adquiere su lógica, su sentido claro.

Es Cristo, quien ha descendido en la noche de la muerte, quien ha sido envuelto y aniquilado por toda la tribulación del pecado y de la muerte. Es él quien, subiendo, ha abierto las puertas de la salvación y nos invita ahora atravesar las puertas de la salvación y a dar gracias junto a él. Es él, él mismo en persona, el nuevo día que Dios ha creado para nosotros; por medio de él el día de Dios resplandece en la noche de este mundo. El día de Pascua y cada domingo es este día que se hace presente, es encuentro con el Resucitado vivo, quien como día de Dios viene a situarse en medio de nosotros y nos reúne.

En este Domingo de Pascua meditemos cómo el evangelista San Marcos, describe el surgimiento y el comienzo de este nuevo día (Mc 16, 1-7).

Hay mujeres que van al sepulcro, las únicas que, más allá de la muerte, tienen la audacia de la fidelidad: almas simples y humildes que no tienen un nombre para defender, una carrera a la que aspirar o posesiones para salvaguardar; y que por eso tienen la valentía del amor para ir una vez más hacia aquél que ha sido ultrajado y ahora ha fracasado, para prestarle el último servicio de amor.

En el frenesí del día de preparación de la Pascua, al acercarse el día de la fiesta, las mujeres habían podido preparar sólo las primeras y más necesarias cuestiones de la sepultura, pero no habían podido llevar a término los ritos que solamente ahora quieren terminar: los lamentos fúnebres, que durante la fiesta no podían resonar y que ahora, como acompañamiento de amor, lo conducen a lo desconocido y lo deben proteger como fuerza de bondad; y luego la unción, que es como un gesto vano de amor que querría dar inmortalidad, la unción apunta de hecho a preservar de la muerte, a preservar de la putrefacción, como si quisiera tener en vida al muerto con toda la impotencia del amor, y sin embargo no puede. Las mujeres fueron entonces para demostrarle una vez más un amor que no se desvanece y, por otra parte, para darle el saludo de despedida hacia la tierra de la que no se vuelve más, la noche de la muerte de la cual no hay marcha atrás.

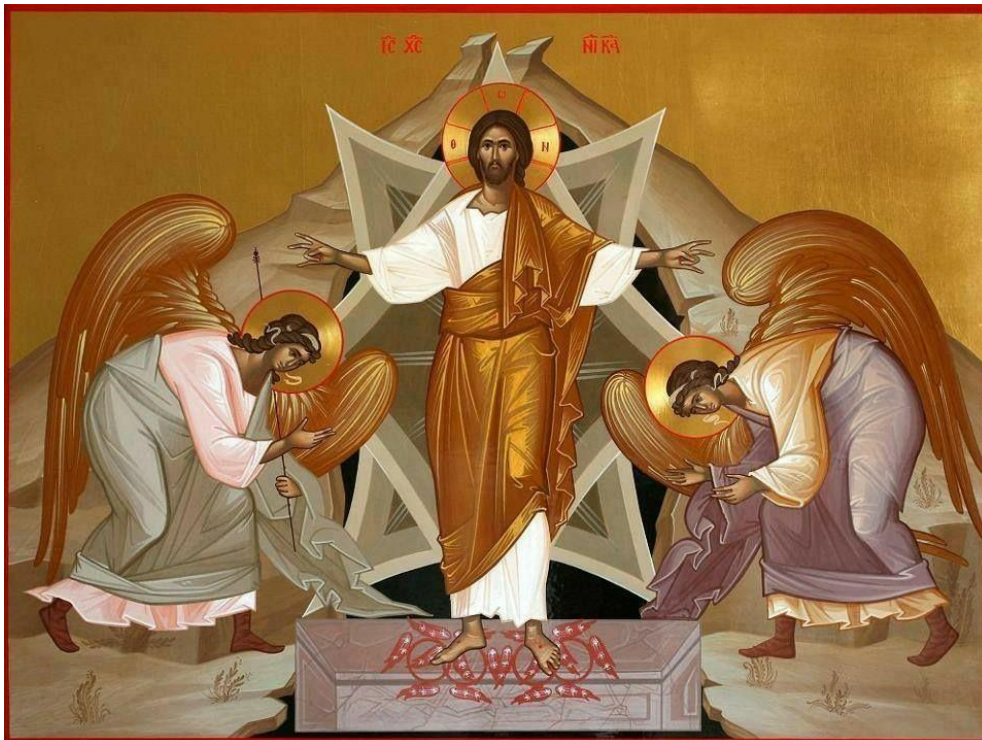
Pero cuando llegan al sepulcro, descubren que Otro, un otro y más fuerte amor lo ha ungido, que para él se han hecho realidad las palabras del salmista: *“No dejarás que tu amigo vea el sepulcro”* (Sal 16, 10). Dado que él mismo está en el circuito del amor trinitario, fue ungido con el amor eterno y por eso no podía permanecer en la muerte. En efecto, eso sólo es el poder que es vida y da vida para toda la eternidad.

Así se cumplen para él también las otras palabras del salmo que la Iglesia pone todavía como antífona de ingreso en la Misa de Pascua: *“Resurrexi, et adhuc tecum sum”*... *“Si terminara de hacerlo, aún entonces*

seguiría a tu lado me aprietas por detrás y por delante, y tienes puesta tu mano sobre mí Tú me escrutas y me conoces” (Sal 139, 18b.5.1).

En el Antiguo Testamento está es la oración de un orante, mitad asustado y mitad maravillado, quien en su relación con Dios se torna consciente que en ningún lado puede huir de la presencia de Dios. Si navegara hasta los extremos del mar y lograra descender a los infiernos creyendo que está definitivamente alejado de Dios, tanto más estaría delante de Dios, quien abraza a todos y de quien no se puede huir en ningún lado.

Pero lo que aquí permaneció mitad oscuro, mitad era temor y mitad alegría, ahora se ha cumplido definitivamente en la gran gracia del amor divino, porque Jesús ha sido capaz de lo imposible: él con su amor ha llegado a todos los confines de la tierra. Él ha descendido al reino de la muerte. Y porque él mismo es el Hijo, junto a él descendió y se hizo presente en todas partes el amor de Dios; por esto precisamente al descender, y como el que desciende, él es el que resurge, el que resucitó y ahora puede decir: *“Resurrexi, et adhuc tecum sum”... “He resucitado y estoy siempre contigo y para siempre”.*



Laudes o Oración de la Mañana

Invocación al Señor

Mientras todos hacen la señal de la cruz en sus labios, el que preside dice:

Señor abre mis labios. Todos responden:

Y mi boca proclamará tu alabanza.

Invitatorio

El que preside dice:

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Salmo 94

Invitación a la alabanza divina

Venid, aclamemos al Señor, demos vítores a la Roca que nos salva; entremos a su presencia dándole gracias, aclamándolo con cantos.

Porque el Señor es un Dios grande, soberano de todos los dioses: tiene en su mano las simas de la tierra, son suyas las cumbres de los montes; suyo es el mar, porque él lo hizo, la tierra firme que modelaron sus manos.

Venid, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro. Porque él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía.

Ojalá escuchéis hoy su voz:

«No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto; cuando vuestros padres me pusieron a prueba y dudaron de mí, aunque habían visto mis obras.

Durante cuarenta años aquella generación me repugné, y dije: Es un pueblo de corazón extraviado, que no reconoce mi camino; por eso he jurado en mi cólera que no entrarán en mi descanso»

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

El que preside dice:

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Himno

Estaba al alba María
llamándole con sus lágrimas.

Vino la Gloria del Padre
y amaneció el primer día.
Envuelto en la blanca túnica de su propia luz divina
la sábana de la muerte dejada en tumba vacía,
Jesús, alzado, reinaba; pero ella no lo veía.

Estaba al alba María,
la fiel esposa que aguarda.

Mueva el Espíritu al aura en el jardín de la vida.
Las flores huelan la Pascua de la carne sin mancha,
y quede quieta la esposa sin preguntas ni fatiga.
¡Ya está delante el esposo, venido de la colina!

Estaba al alba María,
porque era la enamorada. Amén.

Salmodia

El que preside dice:

Cristo ha resucitado y con su claridad ilumina al pueblo rescatado con su sangre.
Aleluya.

Salmo 62

El alma sedienta de Dios

¡Oh Dios!, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.

¡Cómo te contemplaba en el santuario viendo tu
fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré de manjares exquisitos,
y mis labios te alabarán jubilosos.

En el lecho me acuerdo de ti
y velando medito en ti,
porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;
mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

El que preside dice:

Cristo ha resucitado y con su claridad ilumina al pueblo rescatado con su sangre.
Aleluya.

2

El que preside dice:

Ha resucitado del sepulcro nuestro Redentor; cantemos un himno al Señor, nuestro
Dios. Aleluya.

Cántico

Toda la creación alabe al Señor Dn 3, 57-88

Creaturas todas del Señor, bendecid al Señor, ensalzadlo con
himnos por los siglos.

Ángeles del Señor, bendecid al Señor; cielos,
benedicid al Señor.

Aguas del espacio, bendecid al Señor; ejércitos del Señor, bendecid al Señor.

Sol y luna, bendecid al Señor; astros del cielo, bendecid al Señor.

Lluvia y rocío, bendecid al Señor; vientos todos, bendecid al Señor.

Fuego y calor, bendecid al Señor; fríos y heladas, bendecid al Señor.

Rocíos y nevadas, bendecid al Señor; témpanos y hielos, bendecid al Señor.

Escarchas y nieves, bendecid al Señor; noche y día, bendecid al Señor.

Luz y tinieblas, bendecid al Señor; rayos y nubes, bendecid al Señor.

Bendiga la tierra al Señor, ensálcelo con himnos por los siglos.

Montes y cumbres, bendecid al Señor; cuanto germina en la tierra, bendiga al Señor.

Manantiales, bendecid al Señor; mares y ríos, bendecid al Señor.

Cetáceos y peces, bendecid al Señor; aves del cielo, bendecid al Señor.

Fieras y ganados, bendecid al Señor, ensalzadlo con himnos por los siglos.

Hijos de los hombres, bendecid al Señor; bendiga Israel al Señor.

Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor; siervos del Señor, bendecid al Señor.

Almas y espíritus justos, bendecid al Señor; santos y humildes de corazón, bendecid al Señor.

Ananías, Azarías y Misael, bendecid al Señor, ensalzadlo con himnos por los siglos.

Bendigamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ensalcémoslo con himnos por los siglos.

Bendito el Señor en la bóveda del cielo, alabado y glorioso y ensalzado por los siglos.

El que preside dice:

Ha resucitado del sepulcro nuestro Redentor; cantemos un himno al Señor, nuestro Dios. Aleluya.

El que preside dice:

Aleluya. Ha resucitado el Señor, tal como os lo había anunciado. Aleluya.

Salmo 149

Alegría de los santos

Cantad al Señor un cántico nuevo,
resuene su alabanza en la asamblea de los fieles;
que se alegre Israel por su Creador,
los hijos de Sión por su Rey.

Alabad su nombre con danzas,
cantadle con tambores y cítaras;
porque el Señor ama a su pueblo
y adorna con la victoria a los humildes.

Que los fieles festejen su gloria
y canten jubilosos en filas:
con vítores a Dios en la boca
y espadas de dos filos en las manos:

para tomar venganza de los pueblos y
aplicar el castigo a las naciones,

sujetando a los reyes con argollas,
a los nobles con esposas de hierro.

Ejecutar la sentencia dictada e
s un honor para todos sus fieles.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

El que preside dice:

Aleluya. Ha resucitado el Señor, tal como os lo había anunciado. Aleluya.

Del Evangelio de San Juan (20, 1-9)

El primer día después del sábado, estando todavía oscuro, fue María Magdalena al sepulcro y vio removida la piedra que lo cerraba. Echó a correr, llegó a la casa donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo habrán puesto".

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos iban corriendo juntos, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó primero al sepulcro, e inclinándose, miró los lienzos puestos en el suelo, pero no entró.

En eso llegó también Simón Pedro, que lo venía siguiendo, y entró en el sepulcro. Contempló los lienzos puestos en el suelo y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, puesto no con los lienzos en el suelo, sino doblado en sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó, porque hasta entonces no habían entendido las Escrituras, según las cuales Jesús debía resucitar de entre los muertos.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

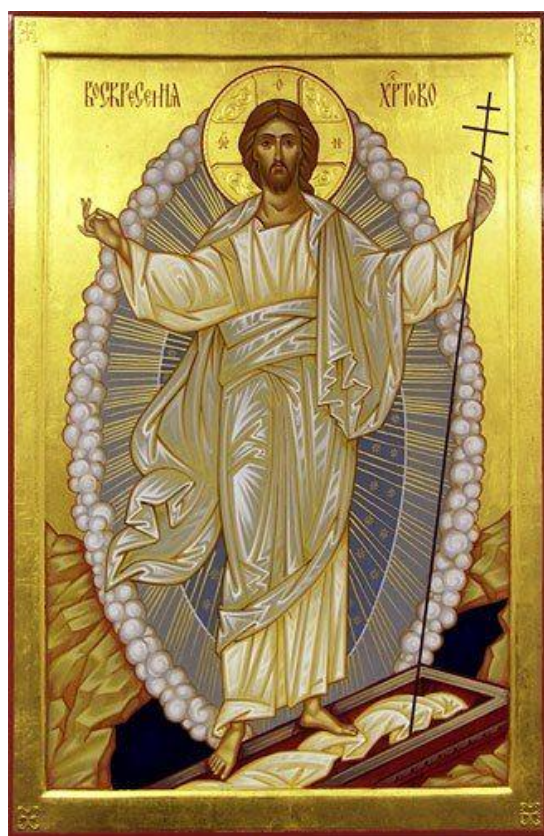
Meditación:

¡Exulten por fin los coros de los ángeles, exulten las jerarquías del cielo, y, por la victoria de Rey tan poderoso, que las trompetas anuncien

la salvación! Con estas palabras inicia el maravilloso pregón pascual que el diácono canta, emocionado, la noche solemne de la Vigilia de la resurrección de Cristo. Y todos los hijos de la Iglesia, diseminados por el mundo, explotan en júbilo incontenible para celebrar el triunfo de su Redentor. ¡Por fin ha llegado la victoria tan anhelada!

En el texto de Evangelio se menciona que los apóstoles Pedro y Juan vienen corriendo al sepulcro, muy de madrugada, y no encuentran el cuerpo del Señor y solo hallan los lienzos y el sudario, y el sepulcro vacío. Y de estos signo aquí arranca el inicio del cristianismo. De aquí arrancará la propagación de la fe al mundo entero. Porque la Vida ha vuelto a la vida. Cristo resucitado es la clave de todas nuestras certezas.

Como diría Pablo más tarde: *“Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana es vuestra fe; aún estáis en vuestros pecados... Pero no. Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicia de los que duermen”* (I Cor 15, 14.17.20). En Él toda nuestra vida adquiere un nuevo sentido, un nuevo rumbo, una nueva dimensión: la eterna.



Y, sin embargo, no siempre resulta fácil creer en Cristo resucitado, aunque nos parezca una paradoja. Una de las cosas que más me llaman la atención de los pasajes evangélicos de la Pascua es, precisamente, la gran resistencia de todos los discípulos para creer en la resurrección de su Señor. Nadie da crédito a lo que ven sus ojos: ni las mujeres, ni María Magdalena, ni los apóstoles -a pesar de que se les aparece en diversas ocasiones después de resucitar de entre los muertos-, ni Tomás, ni los discípulos de Emaús. Y nuestro Señor tendrá que echarles en cara su incredulidad y dureza de corazón. El único que parece abrirse a la fe es el apóstol Juan, tal como nos lo narra el Evangelio de hoy.

Pedro y Juan han acudido presurosos al sepulcro, muy de mañana, cuando las mujeres han venido a anunciarles, despavoridas, que no han hallado el cuerpo del Señor. Piensan que alguien lo ha robado y les horroriza la idea. Los discípulos vienen entonces al monumento, y no encuentran nada. Todo como lo han dicho las mujeres. Pero Juan, el predilecto, ya ha comenzado a entrar en el misterio: ve las vendas en el suelo y el sudario enrollado aparte.

Y comenta: *“Vio y creyó”*. Y confiesa ingenuamente su falta de fe y de comprensión de las palabras anunciadas por el Señor: *“Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que Él debía de resucitar de entre los muertos”*.

¿Qué fue lo que vio esa mañana? Seguramente la sábana santa en perfectas condiciones, no rota ni rasgada por ninguna parte. Intacta, como la habían dejado en el momento de la sepultura. Sólo que ahora está vacía, como desinflada; como si el cuerpo de Jesús se hubiera desaparecido sin dejar ni rastro.

Entendió entonces lo sucedido: ¡había resucitado! Pero Juan vio solo unos indicios, y con su fe llegó mucho más allá de lo que veían sus sentidos. Con los ojos del cuerpo vio unas vendas, pero con los ojos del alma descubrió al Resucitado; con los ojos corporales vio una materia corruptible, pero con los ojos del espíritu vio al Dios vencedor de la muerte.

Lo que nos enseñan todas las narraciones evangélicas de la Pascua es que, para descubrir y reconocer a Cristo resucitado, ya no basta mirarlo con los mismos ojos de antes. Es preciso entrar en una óptica distinta, en una dimensión nueva: la de la fe. Todos los días que van desde la resurrección hasta la ascensión del Señor al cielo será otro período importantísimo para la vida de los apóstoles. Jesús los enseñará ahora a saber reconocerlo por medio de los signos, por los indicios. Ya no será la evidencia natural, como antes, sino su presencia espiritual la que los guiará. Y así será a partir de ahora su acción en la vida de la Iglesia.

Eso les pasó a los discípulos. Y eso nos ocurre también a nosotros. Al igual que a ellos, Cristo se nos “aparece” constantemente en nuestra vida de todos los días, pero muy difícilmente lo reconocemos. Porque nos falta la visión de la fe. Y hemos de aprender a descubrirlo y a experimentarlo en el fondo de nuestra alma por la fe y el amor.

Y esta experiencia en la fe ha de llevarnos paulatinamente a una transformación interior de nuestro ser a la luz de Cristo resucitado. El mensaje redentor de Pascua es la purificación total del hombre, la liberación de sus egoísmos, de su sensualidad, de sus complejos; purificación que, aunque implica una fase de limpieza y saneamiento interior -por medio de los sacramentos- sin embargo, se realiza de manera positiva, con dones de plenitud, como es la iluminación del Espíritu, la vitalización del ser por una vida nueva, que desborda gozo y paz, suma de todos los bienes mesiánicos; en una palabra, la presencia del Señor resucitado”.

En efecto, san Pablo lo expresó con incontenible emoción en este texto, que recoge la segunda lectura de este domingo de Pascua: “Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de allá arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con

Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con Él, en gloria” (Col 3, 1-4).

Oración:

Te damos gracias Señor por todo lo que nos has regalado, Padre Señor de la vida gracias porque Cristo resucitó en el sepulcro. ¡Aleluya! Él es el lucero matinal que no conoce el ocaso. Él es el camino por donde los hombres debemos seguir. Padre lleno de amor haznos testigos de tu hijo Jesucristo que ha muerto, pero que ha dado la vida por nosotros y ha resucitado, por Cristo nuestro Señor. Amén.

